

Miguel León-Portilla

Los manifiestos en náhuatl de Emiliano Zapata

Segunda edición

Cuernavaca

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
Gobierno del Estado de Morelos
Coordinación General de Comunicación Social

1996

154 p.

Ilustraciones

(Cultura Náhuatl. Monografías, 20)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 11 de abril de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/manifiestos_zapata/081a.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



CONCLUSIÓN

Lo expuesto sobre antecedentes y significación de estos manifiestos, nos lleva a enunciar algunas consideraciones. La primera es que el movimiento encabezado por Domingo Arenas, a pesar de sus diferencias y hostilidades con el zapatismo, tuvo con él grandes afinidades. Arenistas y zapatistas combatieron por una auténtica reivindicación agraria. Unos y otros comenzaron de hecho a convertir en realidad sus postulados. A Zapata y a Arenas se debieron las primeras restituciones y repartos de tierras. Parece interesante notar aquí que todavía en la actualidad (1978), en algunos lugares de Tlaxcala donde operaron los seguidores de Domingo y de su hermano Cirilo, la gente suele hacer referencia a ellos nombrándolos, casi indistintamente, “arenistas” o “zapatistas”.

Los contingentes de los Arenas, al igual que los de Zapata, estaban formados por campesinos, en su mayor parte desposeídos de tierras, gente en alto grado marginada y con mucha frecuencia de extracción indígena. Zapata y los hermanos Arenas tenían constante trato con ese campesinado en armas, unas veces de cultura y aspecto mestizos y otras de rasgos mucho más indígenas. Poco importa, en lo que aquí nos incumbe, si los Arenas y Zapata conocían con suficiencia, entendían en parte o ignoraban el idioma mexicano. Interesa, en cambio, que, en el elemento indígena, presente en sus fuerzas, vieran un aliado y asimismo nuevo motivo, justificación de su lucha. Las expoliaciones de tierras habían afectado muy especialmente a las comunidades de indios.

Lo indígena, lo náhuatl, primordial en el centro del país, tuvo así presencia notoria entre zapatistas y arenistas. Lo raro no es, por tanto que, como medio de comunicación, se empleara el idioma nativo. Extraño resulta más bien que, en tratándose de zapatistas y arenistas, no conociéramos mayor número de testimonios como los dos manifiestos objeto de nuestro estudio.

En 1918, cuando dichos documentos se expidieron, los seguidores de Zapata y de Cirilo Arenas vivían ya un período de crisis. El

triunfo de los constitucionalistas parecía marcar el fin de la Revolución. El campesinado del sur, en pie de guerra, era presentado a la conciencia pública cual si fuera amenazante horda de bandoleros. Como por instinto o afán de supervivencia importaba a los que continuaban alzados con ideales afines, propiciar la unificación de sus esfuerzos. Fue entonces cuando circularon los manifiestos en castellano y en náhuatl con las adaptaciones conceptuales y lingüísticas que hemos examinado.

Describiendo a la patria como “la madrecita tierra”, en una lucha en la que tanto contaba la tierra, se acudió al fin al idioma indígena. Hubo de verse entonces cómo la vieja lengua de Anáhuac podía y debía ser de nuevo portadora de mensajes.

No sabemos acerca de proclamas o manifiestos, expedidos a lo largo de la Revolución, en otros idiomas aborígenes. En las huestes nortañas, entre otras, había hablantes de yaqui, mayo y tarahumara. También en los contingentes revolucionarios hubo individuos que se expresaban en lenguas de Oaxaca, del área maya y en otras de la región central de México. ¿Por qué no hay textos parecidos en yaqui, mayo, tarahumara, otomí, mixteco, zapoteco, mazateco, huasteco o en otro idioma o dialecto de raigambre prehispánica? La ausencia de documentos en idiomas indígenas puede explicarse desde varios puntos de vista. Por una parte es obvio que la gran mayoría de los jefes desconocían esos que se nombraban “dialectos”. Por otra, como algo casi inconsciente, persistían en ellos amplias y arraigadas actitudes de desdén. No faltaban quienes seguían creyendo que los indígenas debían limitarse a obedecer. Cabe así suponer que, para no pocos de esos jefes, resultara absurdo entrar en diálogo con indios o disponer que se difundieran entre ellos proclamas en su lengua.

En contrapartida, el hecho que aquí nos ocupa, los escritos en náhuatl, dirigidos por el zapatismo a los campesinos tlaxcaltecas de la División Arenas, puede valorarse como un símbolo. Al menos, de modo implícito, se reconocía que la participación imprescindible y auténtica, de las comunidades indígenas en la vida del país, presuponía genuina comunicación con las mismas. Y ningún acercamiento hay mejor que aquel a través del idioma que propicia el diálogo.

Destacar la presencia indígena -en aconteceres como la Revolución- es uno de los propósitos que lleva consigo esta publicación de



los manifiestos en náhuatl, suscritos por Emiliano Zapata. Con ellos dio él vigencia nueva, de manera espontánea y quizás la más cercana a nosotros y en asunto de interés primordial, al idioma en que hablaron Nezahualcóyotl y Cuauhtémoc. El florecimiento de esta lengua, y de otras también aborígenes, a veces estúpidamente combatidas o vilipendiadas, interesa no sólo en cuanto objeto de estudio. Son ellas parte esencial en la riqueza espiritual de México y legado, para todos, de cultura. Más aún, como medio de comunicación, portadoras de viejos símbolos y metáforas, son camino, el mejor, para escuchar la voz y alcanzar la participación, en provecho suyo y del país entero, de los pueblos nuestros de raigambre cultural nativa. En una obra aquí citada, *Memoria náhuatl de Milpa Alta, de Porfirio Díaz a Zapata*, reunió Fernando Horcasitas textos en náhuatl, de doña Luz Jiménez, acerca de los sucesos revolucionarios en el sur del Distrito Federal. ¿Será aún tiempo de llevar a cabo una tarea semejante entre otros grupos indígenas, en los que aún viven veteranos de las luchas armadas o simplemente testigos de lo que entonces ocurrió? Rescatar tal tipo de testimonios, y otros de variada índole, y propiciar a la vez un renacimiento de las literaturas indígenas, ¿no es tarea de primordial interés nacional y que, con urgencia, antes de que pueda ser tarde, debe ya acometerse?



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS